

El pasado entre nosotros (reflexiones sobre el Bicentenario)

Conferencia dictada el 26 de abril de 2010

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

He bautizado esta conferencia con el título “El pasado entre nosotros”, tratando de sugerir con el título que el pasado no está atrás, sino en nosotros. Es decir, está en nosotros o en ninguna parte. Y significa algo cuando alude a nuestras preocupaciones presentes, cuando nos dice algo de nuestro presente.

Yo quiero compartir con ustedes esta mañana dos tipos de reflexiones.

Primero, las cavilaciones morales sobre el progreso de un escritor que mira con entusiasmo el cambio vertiginoso de nuestra civilización.

Segundo, algunas reflexiones sobre nuestra historia bicentennial, que parece tan distante como siempre de los altos modelos de la civilización moderna.

Confieso que acudo al despliegue de la modernidad científica y tecnológica de las últimas décadas como un monje del siglo XV dedicado a copiar a mano viejos manuscritos de la Antigüedad sin acabar de entender las implicaciones que tenía para su oficio el hecho de que, en alguna parte de Europa, alguien hubiera inventado una máquina extraña que llamaban imprenta. Así me siento a veces mientras escribo historias des-

tinadas a imprimirse en esas formas de la Antigüedad llamadas libros, que algunos seguimos confundiendo con la identidad misma de la literatura o el pensamiento, cuando no son sino su vehículo.

Las gigantescas novedades del milenio que empieza y el optimismo asociado a ellas, un optimismo que no se atreve a decir su nombre pero que les es consustancial, pertenecen al linaje de aquella sensibilidad que según Alexis de Tocqueville empezó a propagarse en los espíritus ilustrados y ociosos de Europa a partir del siglo XVII.

El centro de aquella sensibilidad fue que el hombre y la sociedad no eran imperfectos por naturaleza sino que podían mejorarse. Y mejorarse, además, indefinidamente, tal como lo mostraba el avance de la ciencia. A la creencia de que la sociedad y los hombres pueden mejorarse sin límite la llamamos desde entonces fe en el progreso, una de las nociones más potentes, más optimistas y más productoras de desilusión que hayan cruzado por la mente humana.

El culto del progreso tomó la cabeza de Occidente con los filósofos de la Ilustración. Desde entonces, a cada gran oleada de fe en la religión laica del progreso siguieron cambios mayúsculos, conmociones inesperadas y también grandes catástrofes. El progreso tuvo siempre dos caras, la luminosa y la trágica. El culto ilustrado de la razón y la ciencia vio triunfar sus ideales mezclados en las aguas sangrientas de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas. El imperio de la razón revolucionaria engendró los monstruos que conocemos: la pasión por la justicia impuso el terror, la libertad se disolvió en tiranía, la modernidad técnica cambió el hacha carnicera del verdugo por la cuchilla aséptica de la guillotina.

Europa tardó un siglo en acomodar los esqueletos de la primera gran salida al mundo de la razón ilustrada y las pasiones prácticas del progreso. En las últimas décadas del siglo XIX, Occidente volvió a decirse, con ecuanimidad positivista y optimismo liberal, que el mundo y el hombre podían ordenarse científicamente, otra vez, en un horizonte racional de progreso. Eran tiempos propicios a la nueva fe. Había casi una necesidad física de ella. Luego de las guerras napoleónicas de principios de siglo XIX, Europa había vivido la revolución del 48, la guerra francoprusiana, la Comuna de París. Al otro lado del Atlántico, las independencias hispanoamericanas habían abierto un siglo de turbulencia y esperpento para sus nacientes repúblicas. Estados Unidos tuvo una guerra civil que inauguró al menos dos modalidades siniestras de la guerra moderna: un armamento devastador que destruye a distancia y el arrasamiento de la retaguardia de los ejércitos, táctica que no respetó ciudades, campos, fábricas ni población civil. Fue la innovación de Sherman en su batida sobre la retaguardia civil de los ejércitos sureños.

Al terminar el siglo XIX, la ilusión de una época de paz y progreso perdurables unió a los espíritus y a las naciones en una nueva esperanza civilizatoria, un credo universal de armonía política, económica y moral a cada paso confirmado por nuevos, crecientes, extraordinarios descubrimientos científicos y conversiones tecnológicas que disparaban la productividad, hacían más confortable la vida y multiplicaban los bienes.

Aquel siglo XIX reformista, humanista, científico recogió del futuro muchos de los bienes que esperaba, pero también una lección de humanidad trágica cuyos escenarios fueron las trincheras de la Guerra del 14, con sus veinte millones de muertos

y sus secuelas, aun más letales: la revolución bolchevique, los fascismos italiano y japonés, el ascenso del nazismo, los ciento cincuenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial –cien en el frente oriental, cincuenta en el frente europeo–. Los sueños decimonónicos del progreso perdieron su fulgor en el arco sombrío que va de las trincheras de Verdún a los campos de concentración nazi.

Las barbarie guerrera del siglo XX volvió a machacar el prestigio de la idea misma de progreso. Los cementerios del siglo fueron demasiado extensos, universales, sistemáticos, para tolerar la idea de que la humanidad había mejorado o podía mejorar. Ningún descubrimiento científico, ninguna mejora técnica de la calidad de la vida, podía compensar el horror del Holocausto, la pesadilla del Gulag, las ruinas de Hiroshima y Nagasaki. La piel helada de la Guerra Fría mantuvo congelado el entusiasmo hasta el fin del siglo. Entre otras cosas, porque la sangría siguió. Durante la Guerra Fría, distintas guerras regionales añadieron 36 millones de muertos a las conflagraciones anteriores.

Malas cifras, sin duda, para validar cualquier noción optimista de progreso. Y sin embargo es un hecho histórico contundente que a partir de la Ilustración, a partir de aquel momento en que algunos espíritus ociosos e ilustrados concibieron que el hombre y la sociedad podían mejorar indefinidamente, el género humano experimentó, junto a tantas sangrías sin precedente, progresos que tampoco tienen comparación.

Al terminar la conmovición napoleónica, por ahí en 1820, el ingreso per cápita de Europa era algo menos que 1.000 dólares. En los siguientes ochenta años, al empezar el siglo XX, había crecido hasta los 2.500 dólares. Un siglo después, en el año

2000, luego de la devastación terrible de sus guerras, a pesar de ellas o precisamente por ellas, el ingreso per cápita de Europa rondaba los 20.000 dólares promedio. Grandes mejoras, se diría, en medio de tanta muerte.

El más carnicero de los siglos de la historia conocida, el siglo el XX, trajo al planeta más vida humana que ningún otro. Por el progreso científico, el crecimiento económico y la universalización de la medicina, nacieron en ese siglo algo más de 4.000 millones de seres humanos, varias veces más que en toda la historia precedente. La vida promedio de cada ser humano ganó 40 años, pasando de 35 en 1900 a 75 en el año 2000. La cantidad de dolor que han ahorrado los anestésicos inventados este siglo apenas puede exagerarse. La cantidad de muertes que la medicina moderna, las vacunas y los antibióticos han impedido supera por varios ceros las vidas que arrebataron las armas inventadas en otros tantos laboratorios de ciencia avanzada y tecnología de punta.

El fin de la Guerra Fría hizo desaparecer la mayor amenaza que pendía sobre las cabezas de todos bajo la posibilidad de una hecatombe nuclear. La caída del Muro de Berlín apartó las sombras y permitió mirar con nuevo optimismo el futuro. Para ese momento, la ciencia, la técnica, el comercio no sólo habían transformado el mundo, sino que también habían desatado ya una verdadera revolución del conocimiento y de la vida práctica, una sucesión de descubrimientos y cambios suficientes para sostener que estamos en el inicio de un nuevo paradigma de progreso.

A semejanza de las postrimerías del siglo XIX, los enormes cambios científicos y tecnológicos de fines del siglo XX han sembrado una nueva ola de fe y optimismo en el progreso,

un regreso de la promesa ilimitada de la ciencia, una mejoría asombrosa de los instrumentos prácticos de la vida civilizada.

Recuerdo un relato de Antonio Tabucchi en que las ballenas hablan asombradas de esos animales extraños que vienen a cazarlas, feroces verdugos sin motivo de ferocidad, que observan por la noche con fija mirada el camino de la luna sobre el agua y cantan tristísimamente antes de dormir para levantarse al día siguiente llenos de ira en busca de las ballenas que nada les han hecho.

No sé qué conclusiones sacar de todo lo anterior, salvo que la vida perfecta es imposible y quizás indeseable.

Vista “sin afición ni odio”, como quería Tácito que fuese la mirada del historiador, las independencias hispanoamericanas son grandes espacios de la dualidad fundamental, luces y sombras, que rige la historia humana. Nos acercamos a ellas con el mandato del progreso metido en el corazón. Quien se acerca con este ánimo a la historia de nuestras independencias encuentra en ellas pocas cosas que celebrar, salvo la independencia misma. Todo lo demás, hay que decirlo, fue un desastre. Un desastre magnífico, sin duda, actuado por personajes extraordinarios, realizado por hazañas militares que apenas tienen parangón. Tiendo a pensar críticamente nuestra independencia: por sus excesivas y artificiales rupturas con el pasado y porque, hechas bien las cuentas, no hay mucho que celebrar en ella. Fue un momento ingrato para sus contemporáneos. Quizás no haya existido una generación más optimista que la de los patriotas de nuestra independencia. Quizás no haya una más desengañada. Esperaban todo de la libertad: felicidades públicas y abundancias materiales. La historia que salió de sus propias manos desmintió sus sueños. Bolívar resumió el desengaño en una frase: “Hemos ganado la independencia a costa de perder todo lo demás”.

La independencia no fue una fiesta fundacional. Dejó una sombra de legitimidad política sobre la vida pública, de la que tardamos siglos en salir, porque su origen fue la interrupción brusca de la cadena de legitimidad que empezaba en la corona española y terminaba en la última autoridad de los reinos de ultramar. De ahí la fila de gobiernos sin peso, traídos y llevados por los vientos de una libertad que se parecía a la anarquía. Tardamos décadas en dar con formas y reglas sólidas de gobierno, en ausencia de las únicas otras que conocíamos: las regias y las formas monárquicas.

Las guerras de independencia destruyeron en unos años lo que había llevado siglos construir. Y militarizaron por siglos nuestra vida. Pusieron los destinos de las nacientes repúblicas en manos de caudillos militares y de ejércitos de aluvión, capaces de derribar gobiernos pero no de construir naciones. Las guerras de independencia fueron también escuela de desorden fiscal, tradición instaurada mediante confiscaciones patrióticas, préstamos forzosos, deudas impagables, suspensión de garantías económicas e incautaciones a los adversarios. Las haciendas públicas de las nuevas naciones tardaron décadas en reponerse del caos independiente. En los usos y costumbres de los gobiernos se instaló para siempre la tentación de disponer de la hacienda pública como de un botín de guerra.

Las nuevas naciones hispanoamericanas, además, confundieron la política con la historia. Para fortalecer su ruptura política con España fueron a buscar su identidad histórica fuera del orbe hispánico, en las raíces indígenas, la autoctonía criolla o la invención de un pasado clásico americano. Tuvieron con su raíz española un pleito de negaciones simbólicas que nos confunde todavía.

La crisis de legitimidad de la corona española creada por Fernando VII pasó íntegra a los dominios americanos, que estaban preparados para todo menos para inventarse una forma de gobierno distinta a la monárquica. Tomando formatos de aquí y allá, de la Constitución liberal de las Cortes de Cádiz, de las ideas de la Ilustración o de la experiencia estadounidense, los primeros patriotas inventaron gobiernos e instituciones que tardaron décadas, a veces siglos, en llenarse de ciudadanos de carne y hueso. En todos esos experimentos hubo un continuo baldón de ilegitimidad, ante las evidentes deficiencias de su operación, una continua sospecha de falsificación, una persistente queja de manipulación oligárquica o simulación institucional.

Nuestras instituciones gubernamentales no nacieron de una lenta acumulación de costumbres y prácticas políticas, sino de la quiebra inesperada de la legitimidad de una monarquía, para la que nadie estaba preparado y cuya sustitución fue un experimento colectivo que consistió en improvisar gobiernos sobre la marcha y caerse y levantarse de ellos a lo largo del camino.

Países como México no encontraron la forma efectiva de practicar las instituciones democráticas soñadas por sus Constituciones republicanas desde 1824 sino hasta el año 2000. Lo que hubo en medio fue una gigantesca ortopedia de las viejas costumbres de comportamiento político, metidas a empujones en los moldes constitucionales de gobiernos republicanos, democráticos y representativos. Antes de eso, el país, mi país, no tuvo estabilidad política prolongada sino cuando pudo encontrar una forma semimonárquica de gobierno montada sobre la manipulación de las formas democráticas previstas en la ley.

Pienso en la dictadura unipersonal de Porfirio Díaz, entre 1884 y 1910, y en el presidencialismo mexicano posrevolucionario, entre 1934 y el año 2000: aquellos Presidentes electos con respeto a todas las formas constitucionales democráticas y representativas, que ejercían sin embargo un poder extraconstitucional muy superior a sus facultades escritas. Supervivencias monárquicas novohispanas llamó a esto nuestro historiador Edmundo O’Gorman, con precisión insuperable.

Una y otra vez nuestros patriotas fundadores regresan escarmentados de la realidad que quieren transformar, del golfo que hay entre sus audacias constitucionales modernas y la realidad de las costumbres antiguas. No podían ser, cosas del tiempo, sino monárquicos o republicanos. Pero ser monárquico acabó siendo igual a ser traidor frente a las ganas de autonomía de las patrias nuevas. Y ser republicano equivalía a ser utópico, pues la sociedad tenía usos y costumbres monárquicas, es decir, feudales. Nuestros patriotas se fugaron hacia delante. Fueron ilustrados en tierras analfabetas, republicanos en tierras monárquicas, representativos en tierra de fueros oligárquicos, federalistas en tierra de caudillos, liberales en sociedades sin libertades, democráticos en tierra de ciudadanos imaginarios. Están por delante de su tiempo, y su tiempo los derrota. Acaban siendo todos, el que más o el que menos, “gente de muchos principios y pocos escrúpulos”.

Destaco seis rasgos que podríamos llamar lecciones fundadoras de nuestra independencia, lecciones de absoluta vigencia para nuestras naciones, doscientos años después. Son lecciones de historia antigua y de modernidad pura y dura, pues no hay modernidad mayor ni, acaso, más deseable que la de un buen gobierno. En efecto, las lecciones de nuestra independencia, o

al menos estas que esbozo, alcanzan para un manual brevísimo de buen gobierno. Primero: no hay que jugar, desafiar ni lesionar la legitimidad de los gobiernos. Segundo: no hay que recurrir a la violencia política como partera de la historia. Es una mala partera: arruina lo que viene bien y empeora lo que viene mal. Tercero: hay que construir gobiernos fuertes capaces de gobernar, con lo cual no me refiero a las dictaduras, que son gobiernos constitutivamente débiles. Cuarto: haciendas públicas sanas son la piedra de toque de los gobiernos sanos. Quinto: el nacionalismo es un bien tóxico, que hay que tomar en dosis razonables. Sexto: no hay que hacer leyes que no podamos cumplir, porque no cumplir las leyes afecta el corazón mismo de la legitimidad de los gobiernos, con lo que regresamos al punto uno: con la legitimidad no se juega. Séptimo: puede inventarse de la noche a la mañana una Constitución pero no una nación. Las naciones toman tiempo.

La visión crítica que domina nuestro presente contamina nuestra visión del pasado. Pienso, por ejemplo, en nuestra insatisfacción con la democracia, porque no otorga los bienes económicos y sociales que se esperan ilusoriamente de ella. Pedimos peras al olmo. La democracia no trae empleos y tasas altas de crecimiento. Eso lo pueden traer también las dictaduras. La democracia trae libertades públicas y sustitución pacífica de gobiernos con plazos fijos, sujetos al arbitrio de los votos ciudadanos.

El hecho es que, de cara al Bicentenario, se instala con facilidad entre nosotros la queja retrospectiva. “Nada hemos hecho bien”. Se juzga lo sucedido en siglos por lo sucedido el día de ayer.

Lo cierto es que América Latina ha pasado por épocas infinitamente peores que las que vive hoy. Nuestro camino a la

democracia y el bienestar, eso que nuestros ancestros llamaron solemne pero honradamente el banquete de la civilización, ha sido un camino largo y sinuoso. No hemos alzado los grandes trofeos de la civilización ni ocupamos los primeros lugares en ella. Nuestro camino a la libertad, la democracia y el bienestar no ha sido glorioso, es verdad, pero tampoco ha registrado, hay que decirlo, las cuotas de barbarie que naciones más civilizadas que la nuestra han dejado en su camino hacia los mismos bienes. No hemos tenido a fondo la civilización, pero tampoco la barbarie.

En su persecución de la libertad, la democracia, la prosperidad o la igualdad, que siguen siendo sus ideales rectores, nuestros países no han sido nunca, ni en sus momentos más violentos y sombríos, capaces de la barbarie que marca la historia de algunos de los países de Occidente que admiramos.

No hemos sido partícipes de nada parecido a la carnicería napoleónica que transformó Europa, al infierno de las mortíferas trincheras de la Primera Guerra Mundial, a los fríos y metódicos bombardeos de población civil indefensa de la Segunda, al brutal lanzamiento preventivo de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. De nuestros liderazgos políticos desmesurados y esperpénticos no han surgido un Hitler, ni un Stalin, ni un Mao Tse Tung. De nuestras pobres instituciones públicas no ha nacido un Tercer Reich, ni un régimen estalinista, ni una dictadura comunista china. De nuestras pugnas fratricidas y nuestras xenofobias no ha emergido ni el asomo de un Holocausto judío o la sombra de un archipiélago Gulag.

En busca de la grandeza, en defensa de nuestras libertades o de nuestra hegemonía, en pago de nuestros sueños de igualdad, no nos hemos sometido como pueblos a las pesadillas bélicas,

ni a las utopías sangrientas, ni a las dictaduras concentracionarias del siglo XX. La excepción, Cuba, confirma la regla.

No hay nada en nuestro pasado que se parezca ni remotamente a nada de eso. No hay nada en nuestro presente, tampoco, que se parezca a nuestros peores momentos históricos de violencia y discordia internas: ni a las guerras de independencia, ni a las guerras de reforma, ni a las revoluciones y las dictaduras del siglo XX latinoamericano. La excepción, Cuba, confirma la regla otra vez: su presente es peor que los peores momentos de su pasado.

El hecho es que, doscientos años después de nuestra fundación apresurada, las naciones hispanoamericanas nacidas entonces seguimos forcejeando con nuestros sueños fundadores. No hemos alcanzado grandes cimas en el progreso de la civilización, pero hemos evitado razonablemente sus abismos. Y hemos persistido en la decisión de volver mundo las ideas de independencia, ilustración, libertad, democracia y bienestar, que tomamos, al nacer, de la historia moderna de Occidente, cuya inspiración asumimos como guía de futuro hace doscientos años y seguimos sembrando, construyendo y corrigiendo entre nosotros, dos siglos después. Termino con las palabras de Sol Serrano:

Un continente dramáticamente desigual como América Latina ha sido políticamente más pacífico que otras naciones del mundo. La imaginación política de los Bicentenarios –nubes más o menos– es republicana, libertaria y democrática. Se dirá que todo ello fue una ilusión, pero no lo fue porque construyó un ideal normativo siempre en tensión con su propia violación. Doscientos años después podemos decir que nosotros, los de entonces, somos en

parte los mismos por el tipo de comunidad política a que entonces se aspiró. [...] En comparación con el pasado, la democracia hoy es más fuerte. Los Bicentenarios están más cerca de 1810 que muchos otros momentos de la historia latinoamericana.

Difícil decirlo mejor y más sencillamente. El pasado soñado, en efecto, es más nuestro presente que nunca.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

–Soy mexicana. Le rogaría profundizar sobre la situación contradictoria que vivimos los mexicanos entre quizás menos riesgos en la vida diaria de lo que suele pensarse y un sentimiento de inseguridad permanente que nos acompaña. En otras palabras: salimos felices a la calle, hacemos lo que queremos hacer y siempre pensamos: ¿y si pasa algo?

–Me gusta mucho lo que dice mi paisana, porque entre lo que dijo hay algo que es la profunda verdad, un momento de profunda verdad de la conciencia pública de México. Ella dice: nosotros salimos felices a la calle y vamos de aquí para allá y hacemos lo que queremos hacer, pero siempre tenemos miedo y nos preguntamos permanentemente: ¿y si en este momento empieza una balacera?

Ésa es la experiencia cotidiana fundamental de la inmensa mayoría de los mexicanos. Hacen su vida felices. Su vida cotidiana. Salen a la calle, no tienen ninguna precaución real sobre su seguridad, están contentos, caminan, pero tienen el mosquito zumbándoles en la oreja de que en cualquier momento va a

haber una balacera, una cosa que va a amenazar su seguridad. Y esa realidad yo creo que está compuesta por dos cosas: que es la experiencia real de la gente y la experiencia de la gente en la imagen de país que reflejan los medios de comunicación.

Hay un abismo en México entre la imagen que propagan los medios de comunicación y los hechos de violencia constatables, medibles que hay en el país. La violencia, la inseguridad, los homicidios, los asaltos, los secuestros tienen una cifra, y el reflejo de los asaltos, los secuestros y los homicidios en los medios multiplican extraordinariamente la sensación. Es como la diferencia entre cuántos grados hay y cuál es la sensación térmica. Digamos que en México hay diez grados y la sensación térmica, por el viento que generan los medios, es menos diez grados. Esto es un hecho sociológico comprobable todos los días en México.

La ciudad de Mérida es una ciudad más segura que Ginebra, por sus estadísticas de robos, de homicidios, de violencia, etcétera. En una encuesta reciente, la preocupación principal de los habitantes de Mérida, que viven con sus casas abiertas, que dejan sus coches estacionados en las calles con la llave puesta, que caminan por la madrugada cruzando la ciudad, que no tienen un solo barrio bravo donde realmente no se puede entrar, era la seguridad pública. Es un problema que ostensiblemente no tienen. ¿Dónde recogieron esa preocupación? En el noticiero de televisión de la tarde y de la noche que les muestra la enorme cantidad de muertos y de violencia que hay en el resto del país.

En México, el promedio, según la medición mundial de cuántos homicidios hay, es de 11,5 por cada 100.000 habitantes. En Brasil hay 22 homicidios por cada 100.000 habitantes.

En Estados Unidos hay 6 homicidios por cada 100.000 habitantes, pero en la ciudad de Washington hay 83 homicidios por cada 100.000 habitantes. Hay tres o cuatro ciudades mexicanas que están tomadas, que son quizás algunas de las más peligrosas del mundo. En Ciudad Juárez hay 115 homicidios por cada 100.000 habitantes y ahí empieza a bajar la medida. El promedio nacional es 11,5.

Hay ciudades en México que son peligrosísimas. Tres o cuatro de 50 ciudades con más de 500.000 habitantes. Lo que han hecho los medios es volver una realidad nacional lo que es una realidad específica, local. Y lo hacen todos los días. Los medios tienen que pensar cómo ajustan sus mensajes para ajustarlos a la realidad. Cada muerto que ponen en la televisión es verdad. No inventan un solo ejecutado, un solo acto de violencia sanguinaria, todos esos hechos son verdad, pero la suma de esos hechos repetidos a lo largo de tres años da la imagen de un país a punto de un estallido general de violencia y ello es absolutamente falso. México no está ni remotamente en esas circunstancias. Está tal como dice el testimonio de mi paisana: salimos felices a la calle, hacemos todo lo que queremos hacer y siempre pensamos: ¿y si pasa algo? [A la persona que preguntó] ¿Cuántas veces te ha pasado algo?

–*Nunca me ha pasado nada, hasta el momento...*

–Hasta el momento...

–¿Podría profundizar más en general sobre el tema del miedo?

–Yo creo que hay un efecto parecido a lo anterior en la imagen del mundo que nos ofrece la prensa mundial: de un mundo inseguro, de un mundo violento, de un mundo más violento que nunca ha sido, etcétera, etcétera. Los riesgos, el cambio cli-

mático. Como estamos enterados ahora de lo que pasa en todo el mundo, todos los días hay una noticia siniestra que recoger en cualquier parte. Y es la reunión de esas noticias lo que al final es el mensaje global de los medios. Me parece que se generaliza una sensación de insatisfacción, de temor a prácticamente todo. Hay un momento en que uno está temeroso de si esto que va a comer es un transgénico y va a crear no sé qué problema, es decir, demasiada información crea demasiada suspicacia.

Yo creo que el problema del temor tiene que ver con un asunto muy importante en América Latina, y es que el que más y el que menos, y ahora voy un poco a las diferencias entre los países, el que más y el que menos, nuestros países han perdido una narrativa creíble de futuro. Los ciudadanos de México, los ciudadanos de Chile, miren que hablo del país más exitoso de América Latina cuando digo Chile, los ciudadanos de Argentina igual que los ciudadanos de Venezuela, raramente tienen una idea clara, creída y deseada de adónde van. De qué es lo que les depara el futuro, de cuál es el lugar al que los están llevando las decisiones de sus gobiernos. Sus propias decisiones electorales no está claro al servicio de qué proyecto o de qué futuro están puestas.

Y a mí me parece que ahí está el gran déficit público de nuestras democracias. Salimos de las dictaduras siniestras, militares, y de las dictaduras hegemónicas, bastante más benignas, pero igualmente controladoras, como la que hubo en México a lo largo de la época del PRI, y tuvimos como una gran esperanza en la democracia, pensando de más y esperando peras del olmo, como ya he señalado, que la democracia por sí misma nos iba a resolver una enorme cantidad de problemas que la democracia no resuelve. Y que íbamos a salir del estancamien-

to económico y que iba a ver una mayor equidad social y que de alguna manera la democracia sola nos iba a hacer el servicio. Creo que estábamos en la salida de esa ilusión de la democracia y en el desencanto y también en el temor, porque se ha perdido el tema de futuro fundamental, de esperanza fundamental de que teníamos una solución para nuestros males y ahora no tenemos una solución: hemos agotado la democracia, hemos agotado las recetas neoliberales, hemos agotado las recetas dictatoriales, y de pronto no hay un relato de futuro, y la única cosa sensata que puede haber para el futuro es algo que tiene poco *glamour*, pero que tiene una realidad y una solidez profundas.

Es algo que Ernesto Ottone, en un ensayo reciente que me dio a leer, llama la “ética de la reforma”, es decir, esa creencia en los cambios graduales que no son épicos, que no ofrecen la solución de una vez y para siempre para los problemas, pero que van sumando, van sumando ladrillos a la pared, van sumando pisos al edificio, y finalmente a la vuelta de una generación han transformado para bien a un país. Pero esta ética de la reforma es muy poco glamorosa: es muy difícil decirles a los jóvenes que están preguntándose por qué empleo van a tener “ten paciencia y ve despacio y dale tiempo, dale los tiempos históricos a tu país que son los que necesita”. Los seres humanos no tenemos tiempos históricos. Tenemos el tiempo efímero y rápido y urgido de nuestra vida.

Entonces estamos entrampados, yo creo, el que más y el que menos. El país de Latinoamérica está entrampado en eso. Estados Unidos qué clase de lío trae con esto, qué va a hacer este país, después de esta crisis. De manera que yo creo que el miedo tiene que ver un poco con la falta de narrativa de futuro creíble.

—¿Hay matices en la exposición que usted hace respecto al pasado y el presente entre las realidades de México, Argentina y Brasil?

—México, Argentina y Brasil son realidades muy distintas. Para empezar, Brasil tuvo una independencia no traumática y por eso no se fragmentó. Si Brasil hubiera tenido una ruptura con la monarquía portuguesa, como la que tuvo América Latina, probablemente Brasil (de hecho hay un ensayo fantástico de un gran historiador brasileño acerca de ello) sería en este momento cinco países. Sería Río Grande do Sul, sería Salvador de Bahía, sería Manaus, en fin, cinco repúblicas. Sigue siendo el gran país que fue porque nunca rompió traumáticamente con su monarquía y tampoco tuvo traumáticamente esta ruptura cultural que hemos tenido los países hispanoamericanos con la raíz española.

Brasil conserva realmente una visión, una expectativa de sí mismo, muy poco melancólica, una idea de gran país, una idea de país que heredó la corona porque el rey portugués vino a Brasil, trasladó su corte, etcétera. Hay una sensibilidad muy distinta de la argentina o mexicana. Brasil está en camino de hacer bien las cosas, y ojalá lo haga, y si Brasil llega a tener éxito, un equilibrio de desarrollo y de equidad social equivalente al que ha tenido Chile, va a cambiar el destino civilizatorio del Cono Sur, porque va a ser un imán extraordinario que va arrastrar tras su caudal procesos similares de crecimiento virtuoso en el resto de los países de América Latina. Brasil, cuyas cifras son básicamente las de México, e incluso inferiores a las de México, tiene como el momento de la gran narrativa de futuro, que no tienen los otros países latinoamericanos.

El caso de Argentina es un caso mucho más complicado, porque Argentina realmente tenía una calidad de desarrollo

de clase mundial en los años veinte y se ha ido comiendo su riqueza a base de una tradición política que es su maldición, como Fidel Castro para los cubanos, de la que no puede salir y que no ha hecho nada más que dilapidar de una y de otra manera su gigantesca riqueza nacional, y que es el peronismo. Y siguen, se tropiezan con las barbaridades del peronismo y vuelven a elegirlo y lo vuelven a elegir. Hay una compulsión a la repetición, dirían los argentinos, a los que les gusta tanto el tema psicoanalítico, del que me parece difícil salir.

En el caso de México, hay una compulsión a la queja. Es un país que se queja. Yo escribí una vez un artículo diciendo que si yo fuera asignador de valores al riesgo país de las agencias que hacen esto en Nueva York, crearía el índice de la queja, de la capacidad de quejarse de los países. A los países que se quejan los castigaría porque es señal de dos cosas: o de que la queja es verdadera y por tanto el país está fatal y no hay que meterse con él, o de que la gente es falsa. Por lo tanto, los habitantes de ese país son gente en la que no se puede confiar porque en lugar de ponerse a trabajar se dedican a quejarse para sentirse a gusto con la queja contra no sé qué. En cualquiera de los dos casos, los países que se quejan no debieran ser muy confiables. México se queja mucho, sus elites se quejan mucho. El pueblo trabaja como chino.

La gran epopeya de México es la de millones de mexicanos que no quieren nada más que trabajar. Y trabajan por muy poco dinero y trabajan muchísimo. Se toman molestias épicas para irse de un lugar a otro a conseguir un trabajo, para salir de sus pueblos a ciudades inhóspitas, a pasar trabajos enormes con la única ambición modesta e inderrotable de conseguir un trabajo. Ellos no se quejan, trabajan en México, en Estados

Unidos. Ellos son la fortaleza de México, no sus elites, que nos dedicamos a quejarnos respecto de los malos políticos que tenemos, las pobres instituciones que tenemos, la pobre historia que heredamos, los malos hábitos, la cantidad de criminales que hay en el narcotráfico. Nos quejamos, y también ejercemos la crítica, que es una virtud democrática. Pero hay una diferencia entre la crítica y la queja. Para mí la diferencia entre ambas cosas es que la crítica que me interesa hoy en México y en América Latina es la que, como decimos en México, pone el remedio y el trapito. Dice el mal y se atreve a sugerir cómo arreglar ese mal.

Nuestros medios están en la complacencia de la exhibición de los males y no tienen ni el menor impulso de preguntarse qué harían ellos en vez de eso que critican. Qué harían si fueran gobierno, qué proponen para resolver ese problema que han analizado tan bien.

Creo que Brasil y México están llamados a ser los grandes motores de la modernidad latinoamericana. Por desgracia Chile no, por su tamaño. Si Chile tuviera el tamaño de Brasil o México habría sido el gran país gravitatorio que atrajera a la modernidad al continente. Brasil y México son hoy el 70% del producto interno bruto del continente latinoamericano, lo leí ayer en el ensayo de Ottone. Ahí es donde está el futuro y en la imitación del ejemplo chileno, que me parece que está muy presente en la cabeza de los gobernantes tanto de Brasil como de México. Ése es el futuro de América Latina. No Chávez, no Morales, no Castro, no Ortega, no Correa.

—Entre las barbaridades cometidas contra un pueblo, ¿no se debería considerar el tema palestino?

–Tienes toda la razón. Hay que añadirlo aquí porque todas esas cosas que han hecho con el pueblo palestino han sido en nombre de Occidente. Han sido en nombre de la libertad, en nombre de la democracia, en nombre de otro pueblo, del pueblo de Israel, que tiene derecho sin duda a tener un lugar bajo el sol y bajo la concertación de las naciones, pero Israel ha actuado en ocasiones como vanguardia de Occidente en el mundo árabe. Creo que Israel efectivamente es el país seguramente más civilizado y más moderno de la región, pero el costo que ha habido que pagar, que han tenido que pagar otros y que el mismo Israel ha tenido que pagar en guerras, en carnicerías, en discriminación y en parecerse en algo a aquellos que los sometieron y los mataron, digamos genocidamente a ellos, es muy alto. Yo creo que ahí está muy claramente el tema de los costos oscuros que, digamos en nombre de la civilización, en nombre de la libertad, en nombre de la democracia, ha incurrido Occidente, en tantos momentos de su historia. Es un ejemplo muy pertinente y lo pienso añadir a la lista de estas barbaridades.

–Usted dijo que había que tomar una definición sobre el progreso. Sin embargo, nuestros países aspiran a la visión de progreso según los países desarrollados y nuestras instituciones buscan dirigirse hacia allá. ¿Cuáles serían otras nociones de progreso y como éstas pueden incorporar nuestra identidad?

–En relación al tema de la definición del progreso, me parece que es difícil salirse en esta materia de los paradigmas sucesivos de modernidad.

Hay algo fundamental que aprender de estas naciones que han podido alcanzar altos niveles de bienestar y altos índices de cohesión social y equidad social. Hay algo que aprender ahí

que nosotros no hemos alcanzado. Tampoco son cosas muy complejas.

Hay algo que aprender de cómo desatar la productividad de una economía, hay algo que aprender de cómo redistribuir los beneficios de esa riqueza así producida y hay algo adicional que aprender o quizás que inventar de cómo practicar esas fórmulas en países tan desiguales, como México, o como Brasil, o como Bolivia, donde a la desigualdad económica hay que sumar una desigualdad quizás más difícil, que es la desigualdad cultural, la desigualdad racial, la desigualdad digamos del punto de origen, de donde arrancan las personas. Creo que algo tenemos que inventar en esto, porque Occidente no ha dado una respuesta a cómo tratar con estas gigantescas bolsas de marginación, de racismo, de empobrecimiento étnico, de falta de instrumentos elementales para subirse al piso de la igualdad de oportunidades. Creo que hay un asunto ahí muy importante y muy desafiante que estamos lejos de haber resuelto aunque algo hemos hecho.

En México hay 23 ó 25 millones de personas que viven en comunidades de menos de 1.500 habitantes. La mayor parte de esas comunidades son indígenas o de una enorme cantidad de población indígena reciente, mestizos o mestizados muy recientes. Hay un hecho dramático, y es que es imposible, humanamente, llevar a esas pequeñas comunidades los pisos de bienestar mínimos que demanda el paradigma internacional de bienestar. Es imposible llevar escuelas, tienen que venir a la escuela a otro lugar; es imposible llevar clínicas de salud, puede visitarlos un médico ocasionalmente, pero es imposible que tengan ahí eso. Es muy caro, a veces incosteable llevarles agua, llevarles electricidad, y sin embargo muchísimo se ha hecho, aun con costos altísimos, para hacer estas cosas.

Ahora han inventado un mecanismo muy eficiente para darles dinero en efectivo a las jefas de familia, no a los jefes de familia, de esas comunidades pobres, a cambio de que cumplan unos cuantos requisitos, como que vayan sus hijos a la escuela, que se atiendan los niños en las clínicas de salud que están en las poblaciones cercanas y que tengan las vacunas necesarias. A cambio de estas cosas les dan una cantidad de dinero. El principio del programa era que con eso les dabas el piso suficiente para que en la siguiente generación los niños pudieran estudiar y cambiaran, entraran al mundo productivo. Están descubriendo que no es así. Están descubriendo que no está habiendo el salto de ese programa asistencial de repartir dinero; reparten más que un salario mínimo legal en México a cada una de estas familias, no los están sacando hacia la productividad, pero están dándoles un recurso para que baje su nivel de privación a partir del dinero que tienen. Hasta ahí hemos llegado. Nos falta inventar lo otro.

Si fuéramos China, sería muy fácil, porque siendo una dictadura podríamos tomar todos esos pueblos, al final de cuentas son 25 millones de habitantes, agruparlos en 50 ciudades de 500.000 y llevar a esas ciudades todo. Es lo que hace China. China pasa cada año 50 millones del gran *hinterland* rural. De 900 millones, pasa 50 cada año a las ciudades, a fuerza. En ese momento dejan de ganar dos dólares al día y empiezan a ganar cuatro dólares al día trabajando en otros empleos planificados centralmente. No lo podemos hacer en México y es uno de los grandes desafíos a la imaginación de las políticas públicas de cómo reducir la pobreza de esas pequeñas comunidades, pero multitudinarias, que te dan la cifra de 25 millones de mexicanos. ¿Cómo llegar hasta ahí? Éste es el gran asunto de si somos

capaces o no somos capaces de crear nuestros propios ejes de políticas públicas.

Tenemos que ser capaces porque no hay soluciones de eso en el mundo desarrollado. Si no lo inventamos nosotros nadie lo va a inventar, porque muchas de las recetas del mundo desarrollado tienen que ver con medidas que en nuestras sociedades resultan muy difíciles de aplicar, pues conllevan un Estado con más controles y con trasladar a la iniciativa privada o a las iniciativas de las organizaciones no gubernamentales muchas de las políticas de cohesión social, del cuidado del desarrollo sustentable, etcétera. Pero como dice Roberto Mangabeira, el que fue ministro de desarrollo estratégico de Brasil, nosotros no podemos pensar un modelo serio de desarrollo y de cohesión social y de participación social con un Estado pequeño. Nosotros, nuestros barrios, nuestras comunidades, nuestros sectores productivos, todos tenemos una tradición en la que necesitamos del gobierno. El gobierno tiene que ser parte activa y fundamental de la movilización social.

Cómo tener un gobierno fuerte sin que sea un gobierno irresponsable, dictatorial, dirigista, megalómano o populista. Cada vez que le damos un poco más de poder a un gobernante se vuelve loco, pero necesitamos gobiernos fuertes para poder convencer, por ejemplo, a esos 25 millones de mexicanos a los que nunca les van a poder dar los bienes mínimos del bienestar que se vayan a otro lugar, que se agrupen, que se pongan en condiciones de recibir los que otras comunidades del tamaño adecuado reciben. ¿Cómo? ¿Quién puede hacer eso? ¿La empresa privada o las ONG? Lo tiene que hacer el gobierno, un gobierno que sea creíble, que les sepa hablar a esas comunidades, que sepa vivir con ellas y persuadirlas. Necesitamos un

gran gobierno y al mismo tiempo un gran gobierno democrático. Ése es uno de los grandes jeroglíficos o asuntos que no vamos a aprender de los países desarrollados y que tenemos que inventar por nosotros mismos.